

The background of the cover is a dark, atmospheric illustration. It features a woman in a red trench coat and a matching hat with a red flower, looking off to the side. She is holding a flaming torch in her left hand. The scene is set in a dark, cavernous space filled with numerous human skulls and skeletal remains. On the left, a pale, blue, tentacle-like hand reaches out from the shadows. On the right, a large, glowing skull is visible, and another skeletal hand is seen near the bottom right. The overall tone is horror and mystery.

ARKHAM
HORROR

LAS SOMBRAS
DE PNATH

JOSH REYNOLDS

ARKHAM HORROR

Las SOMBRAS
de PNATH

JOSH REYNOLDS

minotauro

Las sombras de Pnath

Published by Aconyte Books, 2023
Copyright 2025 © Fantasy Flight Games. Reservados todos los derechos.
Arkham Horror y el logotipo de FFG son marcas comerciales
de Asmodee Group y / o sus afiliados.
Originally published as *Shadows of Pnath*

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Rocío Morón, 2024
Ilustración de cubierta: Daniel Strange
Revisado por: El Taller del Llibre

ISBN: 978-84-450-1880-4
Depósito legal: B. 13.912-2024
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Insíbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

CAPÍTULO UNO

Les Deux Magots

—Bueno, entonces, ¿qué te parece París, por ahora? —preguntó Alessandra Zorzi, antes de exhalar una fina bocanada de humo de cigarrillo al fresco aire de la tarde. La compañera de mesa de Zorzi se limpió los labios con una servilleta y la dejó caer en su plato recién limpio.

—La comida es buena —dijo Pepper Kelly mientras se reclinaba en su silla con expresión satisfecha—. El café no está mal. Pero nadie sabe conducir. —Era una mujer joven, con rasgos delgados, masculinos, y la nariz y las mejillas salpicadas de pecas. Llevaba una gorra maltrecha y la ropa suelta, lo que la hacía parecer un peón o un estibador.

Alessandra se rio.

—Le transmitiré tus comentarios a la comisión de turismo. —Paseó la mirada ociosamente por las mesas cercanas. Estaban sentadas en la terraza de una cafetería de Saint-Germain-des-Prés, disfrutando de un aperitivo nocturno temprano. O, al menos, Pepper estaba disfrutando de uno. La joven se parecía a una hoguera en su necesidad constante de combustible. Si había comida cerca, enseguida encontraba el camino hacia su estómago. Alessandra, en cambio, podía subsistir durante horas con nada más que un café expreso y un cigarrillo.

En contraste con su compañera, iba vestida para el otoño parisino, con unos pantalones rojos de pernera ancha, una blusa recatada y una chaqueta larga forrada de pelo del color del follaje moribundo. Volvía a tener el cabello largo, amontonado desordenadamente sobre la cabe-

za, sujeto por unas horquillas chinas de plata. Aunque, técnicamente, en Francia no estaba bien visto que las mujeres vistieran con un desprecio tan flagrante por las normas de género, Alessandra sospechaba que el hecho de ser extranjeras les brindaba una cierta laxitud respecto a la censura pública. Al fin y al cabo, ella era veneciana y Pepper, estadounidense. Decadencia por una parte y barbarie por la otra.

Le dio otra calada a su cigarrillo y dejó que sus ojos continuaran su paseo. Observó a los demás clientes de *Les Deux Magots*, buscando caras conocidas. Una nunca podía permitirse confiar demasiado, sobre todo en París. Al fin y al cabo, seguía siendo terreno enemigo.

Puede que parte de eso fuera culpa suya. Había cometido algunos errores: se había mezclado con la gente equivocada; había pasado unas cuantas veces el Rubicón, por así decirlo. Pero eso había sido en el pasado y estaba intentando pasar página.

Había estado casi treinta años viviendo como una ladrona de guante blanco, especializada en la adquisición y redistribución de parafernalia esotérica. Había robado libros de conocimiento ocultista, artefactos raros e incluso, en una ocasión, una calavera de cristal. Pero esos días habían quedado atrás, o eso era lo que se aseguraba a sí misma.

Por supuesto, no era fácil cambiar los hábitos de toda una vida. Llevaba el latrocinio en la sangre. La idea de devolver las cosas que había robado le parecía un anatema. Pero ahí estaba, de vuelta en el, generalmente, buen camino, aunque a menudo fuera peligrosamente estrecho. Al menos, no estaba sola. Miró a su compañera y sonrió.

Había conocido a Pepper el año anterior, durante su último viaje a Estados Unidos, en una pequeña pero terrorífica ciudad de Massachusetts llamada Arkham. La habían contratado para robar una momia de procedencia inusual del museo de la ciudad. Las cosas habían dado un giro extraño, pero había sobrevivido... en gran medida, gracias a la ayuda de Pepper.

A cambio, Alessandra se había ofrecido a enseñarle a la joven cómo hacer algo más lucrativo que conducir un taxi. Que ya no fuera una ladrona no quería decir que no pudiera transmitir su sabiduría, igual que habían hecho sus mentores con ella. El problema era que Pepper era una estudiante distraída, en el mejor de los casos. Como si le estuviera leyendo el pensamiento, Pepper suspiró y jugueteó con su servilleta.

—¿Te pasa algo, Pepper? —le preguntó Alessandra.

—Un poco de nostalgia, eso es todo, condesa. Hace casi un año que no volvemos a Estados Unidos. —Pepper se echó la gorra hacia atrás y miró a Alessandra con expresión avergonzada—. A ver, no es que no te lo agradezca. Que me lleves por todo el mundo, enseñándome la jerga, ha sido genial. Pero echo de menos Arkham. —Frunció el ceño—. Echo de menos mi taxi, por idiota que parezca.

Alessandra sonrió con dulzura.

—No me parece nada idiota. —Metió la mano en su bolso, que tenía encima de la mesa. Sacó un paquete de cigarrillos que estaba debajo de su pesado revólver Webley. Le ofreció el paquete a Pepper, que cogió un cigarrillo tras un momento de vacilación—. Pasa lo mismo conmigo y Venecia. Es mi hogar. Vaya adonde vaya, vea los paisajes que vea, *La Serenissima* aún me tiene agarrada de aquí. —Se dio un golpecito en el pecho—. ¿Qué es lo que decís los estadounidenses? El hogar está donde late el corazón, ¿no?

—Donde está el corazón —la corrigió Pepper.

Alessandra le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Mi argumento se mantiene. Es el punto central alrededor del que gira todo tu ser. Todos los caminos llevan a Roma, ¿entiendes?

—Creía que estábamos hablando de Venecia.

Alessandra se rio y le dio otra calada a su cigarrillo. Aunque le había hecho el ofrecimiento por impulso, había descubierto que le gustaba hacer de mentora—. Por si te sirve de algo, hay un poco de historia de Estados Unidos aquí. El Tratado de París, que puso fin a vuestra revolución, se firmó en un hotel cercano.

—¿Sí? —Pepper frunció el ceño y se inclinó hacia delante para hincar los codos en la mesa—. Vaya, impresionante. ¿Cómo lo sabes?

Alessandra se inclinó también, con expresión astuta.

—Oh, pues porque una vez me contrataron para robarlo —dijo con un susurro teatral. Los ojos de Pepper se abrieron como platos y Alessandra se reclinó en el asiento, riéndose ligeramente. Pepper se puso colorada.

—Ja, ja. Muy gracioso.

Alessandra le sonrió.

—No he dicho que fuera broma.

Pepper la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Me estás tomando el pelo, tía?

—Solo un poquito. —Alessandra le dio otra calada a su cigarrillo—. ¿Quieres algo más de comer antes de que nos vayamos o estás satisfecha por el momento?

—Siempre puedo comer más, pero sé que tenemos prisa —dijo Pepper, un poco a la defensiva—. ¿Estás segura de que tu colega va a estar ahí a estas horas? He conocido a unos cuantos artistas y a todos les gusta terminar y pillar una cogorza en cuanto cae la noche.

—Znamenski es diferente. Dice que trabaja mejor de noche. Si está en algún sitio, será en su estudio.

—Aún no me puedo creer que haya aceptado entregarnos la... cómo se llama...

—La tablilla de Zanthu —dijo Alessandra. Formaba, o había formado parte, de un conjunto compuesto por una docena de piezas de jade ennegrecido, descubiertas por alguna expedición. La mayoría de las piezas del conjunto estaban en un instituto de California, pero unas cuantas habían llegado a manos de coleccionistas privados a lo largo de los años que habían pasado desde que se descubrieron.

—Eso era —dijo Pepper—. ¿Y qué es, a todo esto?

Alessandra expulsó un chorro de humo al aire sobre sus cabezas.

—Una tablilla.

Pepper resopló.

—Esa parte la había entendido. Pero ¿qué tiene de especial?

—No lo sé. Solo sé que Znamenski se desprendió de una suma formidable para comprarla.

—Y ahora vamos a pagarle para recuperarla.

—Preferiblemente —dijo Alessandra, con una ligera mueca. La situación económica de ella era, como mínimo, incierta. Siempre había llevado una vida cara; al fin y al cabo, ¿para qué tener dinero si no lo gastaba? Pero tenía algunos activos disponibles en una caja fuerte del Tellson, un banco que se encontraba en ese barrio. Era un banco británico, pero no se lo tenía en cuenta. Puede que tardaran un par de días en liquidarlos, pero no tenía prisa por ir a ninguna parte.

Sin embargo, eso solo sería, como mucho, una medida provisional. Como ya no practicaba su profesión, estaba gastando sus recursos más rápidamente de lo que había esperado. Y, como Miskatonic no le pagaba por los objetos que recuperaba, pronto iba a necesitar otra fuente de ingresos. Sin embargo, eso era un problema para el mañana.

—Podríamos robarla y ya está —dijo Pepper con voz deliberadamente inocente.

Alessandra la miró y ella se encogió de hombros.

—¿Qué? Tengo que poner en práctica tus lecciones en algún momento, ¿no?

Alessandra se dispuso a responder, pero se detuvo. Algo o, más bien, alguien le había llamado la atención. Pepper se dio cuenta.

—¿Qué pasa? —murmuró.

—Nos están vigilando —le contestó Alessandra en voz baja. Apagó el cigarrillo en el plato de la taza—. Dos mesas más allá. Un tipo con mala pinta. Cicatriz sobre el ojo izquierdo. Tatuaje en la cara interior de la muñeca derecha.

Pepper parpadeó, se quitó la gorra y, utilizándola para enmascarar su rostro, susurró:

—¿Has visto todo eso de una sola mirada?

—¿Qué es lo que te digo siempre? Sé consciente de lo que te rodea. Un momento de distracción y puede que te pesquen los picoletos.

—¿Los qué?

Alessandra esbozó una leve sonrisa.

—Ya sabes... los *piedipiatti*. Los pies planos. La policía.

Pepper frunció el ceño y le echó una rápida ojeada a su observador.

—¿Entonces es un madero?

Alessandra parpadeó.

—¿Un qué?

—¡Un poli!

—No. Pero nos está vigilando. Y no está solo. —Había al menos otros dos hombres que ella hubiera detectado, sentados por allí cerca. Ninguno de los tres tenía el aspecto de la clientela típica de los Magots. No era tanto por la forma en que vestían como por el modo en que se comportaban. Eran el tipo de hombres para los que la violencia era la primera y única respuesta a cualquier pregunta.

—Entonces, ¿quién es?

Alessandra se reclinó en la silla.

—No lo sé. Hay varias explicaciones posibles. A lo mejor, le gustas.

Pepper se estremeció.

—No, gracias. —Se volvió a poner la gorra en la cabeza—. Quizá deberíamos ir a preguntarle, ¿eh?

—No lo creo. Sobre todo porque no sabemos qué quiere ni a quién representa.

—Entonces, ¿qué hacemos, quedarnos aquí sentadas?

—En realidad, estaba pensando que podíamos ir al... ¿cómo lo llamáis, el tocador?

Pepper frunció el ceño, pero solo un momento. Luego sonrió y asintió.

—Ah, ya lo pilló. Vamos a hacer un simpa, ¿eh?

—No exactamente. Me gusta este sitio y me gustaría poder volver. Ahora, sígueme. —Alessandra cogió su bolso y se levantó sin prisa, dejando unos cuantos céntimos en la mesa. Pepper la siguió, con las manos metidas en los bolsillos. Dentro, la cafetería estaba atestada. Era una de las más antiguas de París, popular entre los artistas, tanto parisinos como extranjeros.

El café tomaba su nombre de las dos figuras chinas que adornaban la pared del fondo, que observaban a los clientes con expresiones de serena burla. Había algo en el dúo que siempre la inquietaba. Znamenski le había contado una vez que pretendían representar a magos o alquimistas; quizá ese fuera el origen del desagrado que le inspiraban. Había tenido una ración de magos suficiente para el resto de su vida.

Condujo a Pepper a la trastienda, moviéndose con una seguridad pensada para acallar las preguntas antes de que se formularan. Un paso brioso y una mirada dura podían acobardar incluso al *maitre* más estricto. Una puerta lateral daba a un callejón, que daba a su vez a la calle.

Desde allí, un breve paseo en dirección a la catedral, más allá de las mesas de la terraza de la cafetería, las llevó a la rue du Dragon. Se detuvieron junto a una carreta que ofrecía un surtido de narcisos amarillos, violetas pálidas y jacintos romanos.

—¿Qué ves? —murmuró Alessandra mientras fingía examinar las flores.

—Al tío ese no, si es lo que preguntas —musitó Pepper, con la gorra baja—. ¿Crees que nos ha pillado?

—Quizá. —Alessandra eligió un narciso, lo pagó y se lo puso en el pelo—. Lo descubriremos directamente, supongo. Ven. El estudio de Znamenski está en el Cour du Dragon.

Hizo pasar a Pepper por la enorme puerta que marcaba la entrada de la calle. Por tradición, sus puertas se cerraban a medianoche y se abrían al amanecer. El sol acababa de ponerse, así que tenían tiempo de sobra.

Se dirigieron al sur por la estrecha calle, alejándose del río. A ambos lados, se alzaban casas altas y viejas y el pavimento hundido estaba moteado de charcos de agua de lluvia sucia. Los niños pasaban corriendo en escandalosas marabuntas, persiguiéndose unos a otros a lo largo de toda la calle.

—Me recuerda a Boston —aventuró Pepper—. A algunas partes, al menos.

—No creo que muchos parisinos se tomen eso como un cumplido —dijo Alessandra. Las plantas bajas de las casas que las rodeaban estaban ocupadas por tiendas de segunda mano y quincallerías. Durante el día, en la calle retumbaba el sonido de los martillos. Por la noche, se quedaba casi en silencio, salvo por el tenue siseo del gas de las farolas parpadeantes que la flanqueaban. La calle estaba bordeada por verjas de hierro que protegían las tiendas de los ladrones.

El estudio de Znamenski estaba escondido entre las curvas del Cour du Dragon, justo detrás de una tienda de segunda mano. Un bonito agujero para un hombrecillo extraño. Al fondo de un pasaje abovedado, había una puerta de madera curvada con una mancha de pintura de color amarillo vivo en el centro. La pintura se extendía en direcciones extrañas, recordando al mismo tiempo a una flor y a una rueda.

—¿Y esa decoración? —murmuró Pepper. Miró alrededor—. Está en todas las puertas, además. Es raro, ¿verdad?

Alessandra, que ya le había preguntado a Znamenski por el símbolo, pero no había obtenido ninguna respuesta satisfactoria, se encogió de hombros.

—Una costumbre local, según me han dicho. No es importante. —Fue a llamar, pero la puerta se abrió hacia dentro con un chirrido en cuanto la rozó.

Pepper silbó.

—Eso no es bueno.

—No —dijo Alessandra—, no lo es. —Sintió una punzada de inquietud que sofocó rápidamente mientras sacaba el revólver del bolso, lo amartillaba y empujaba la puerta para abrirla del todo. Dentro, el estudio estaba a oscuras. Al entrar, oyó el chasquido y el siseo de una cerilla al prenderse cuando alguien encendió un cigarrillo. Alessandra se quedó inmóvil y Pepper estuvo a punto de chocar contra ella.

—Ya iba siendo hora de que aparecieras, señorita Zorzi —dijo una voz de mujer.

CAPÍTULO DOS

Cour du Dragon

—Cierra la puerta —dijo la mujer. Habló en inglés. Su acento era deliberadamente neutro, lo que quería decir que era estadounidense—. No hay motivo para alertar a los vecinos.

—Supongo que no. —Alessandra no bajó el arma, pero le hizo un gesto a Pepper para que cerrara la puerta como había dicho la desconocida. Algo le decía que eso no era una trampa; al menos, no del tipo habitual—. ¿Cómo has entrado aquí?

—Por la puerta. ¿Quién crees que la ha dejado abierta? ¿Santa Claus?

—Qué considerada —murmuró Alessandra, mirando alrededor. Pese a la penumbra, podía ver que el estudio estaba más o menos como lo recordaba: un espacio estrecho, abarrotado de desechos de la carrera artística de Znamenski. Había lienzos apoyados contra las paredes o montados sobre caballetes. En los rincones, se apilaban cajas de pintura para mezclar y, sobre la mayoría de los muebles, había lonas extendidas en un vano esfuerzo por evitar que se mancharan.

—¿Dónde está Znamenski? —Alessandra mantuvo el tono neutro, sin mostrar inquietud ni confusión. La mujer había tenido la intención de ponerlas nerviosas; si no, ¿qué hacía sentada en la oscuridad esperando a que aparecieran? Fuera quien fuera, a Alessandra no le apetecía darle esa satisfacción. Por lo menos, hasta que supiera más.

—Tu amigo pintor está de vacaciones en Milán. Se alegró mucho de tener la oportunidad cuando se le presentó. Dijo algo de que quería

evitar tus manos largas. —La mujer encendió la lámpara que había sobre la mesita auxiliar situada junto a su silla. Un suave resplandor naranja inundó la habitación—. Te han seguido, supongo.

—Dinos algo que no sepamos —dijo Pepper. Tenía los puños preparados y estaba tensa, lista para luchar... o huir.

—Trabajan para el conde d'Erlette —dijo la mujer, sin mirar a Pepper.

Alessandra contuvo una maldición. Ese era un nombre que esperaba no volver a oír.

—¿Y tú? —preguntó, sospechando que ya sabía la respuesta.

—Yo trabajo para otro. —La mujer se reclinó en la silla. A la luz de la lámpara, sus facciones tenían un aspecto inquietantemente inocuo. No se parecía a nadie o, más bien, se parecía a todo el mundo. Llevaba ropa de buena calidad, pero completamente carente de estilo, lo cual era una especie de estilo en sí mismo. Un uniforme, pensó Alessandra. Un disfraz.

—¿Quién eres? —preguntó Alessandra. La mujer era una estadounidense en París que intentaba pasar desapercibida. Una criminal, pues, o quizá una espía. No era una agente de la ley, pensó. Tampoco llevaba armas a la vista. Eso la inquietaba aún más.

—Una amiga.

Alessandra entrecerró los ojos.

—¿Tienes nombre, amiga?

—Trish —dijo la mujer. Sonrió—. Y tú eres la condesa Alessandra Zorzi, adquisidora profesional.

—Buen truco. ¿También sabes mi nombre? —preguntó Pepper, beligerante.

La sonrisa de Trish no vaciló.

—Philippa Kelly. Nativa de Boston. Hasta hace poco, residente en Arkham, Massachusetts. Ahora, sin domicilio fijo. ¿Qué tal lo he hecho? —Habló desdeñosamente, como si la serie de datos no tuviera más importancia para ella que una mera curiosidad.

Pepper parpadeó y miró a Alessandra, visiblemente alterada. Alessandra bajó el arma, con el cerebro funcionando a toda máquina. Las cosas habían dado un giro inesperado y estaba intentando asimilarlo.

—Eres una verdadera fuente de conocimiento, Trish. ¿Puedo preguntar qué pretendes hacer con ello?

Trish se inclinó hacia delante.

—Eso depende de ti, condesa. El conde no es el único que está interesado en colgar tu bonito pellejo en la puerta. Tienes una lista de enemigos que haría sonrojarse a Maquiavelo. Tarde o temprano, todos acabarán por venir a vengarse.

—Y tú puedes impedirlo, ¿no es así? —Alessandra frunció el ceño. Chantaje, pues. Qué pereza—. Pero no por pura bondad, supongo.

La sonrisa de Trish era afilada y fría.

—Supones bien.

Alessandra miró alrededor. El estudio era pequeño; poco más que una cabaña. Znamenski aborrecía los espacios grandes. Por eso había elegido ese lugar. Por eso y por otra razón muy importante. Suspiró y guardó el arma en el bolso con gesto exagerado.

—¿Qué quieres?

Trish se puso en pie. Era más o menos de la altura de Alessandra.

—¿Directa al grano, entonces? Vale. Un libro.

—Estaré encantada de indicarte el camino a la biblioteca o librería más cercana —comenzó a decir Alessandra. Trish frunció el ceño.

—Pensaba que ibas a tomarte esto en serio, condesa. Si vas a estar de guasa, me voy. Quizá a los hombres del conde les parezcas más graciosa, pero lo dudo.

Alessandra hizo un gesto.

—Dime.

—*Cultes des Goules* —dijo Trish, con tono inexpresivo.

Alessandra hizo una pausa.

—Lo conozco.

—No esperaba menos. Se lo robaste al conde d'Erlette hace poco más de un año, junto con un elevado número de otros volúmenes importantes sobre ocultismo. Sin embargo, ese era especial. Fue escrito por su bisabuelo, creo.

—Si tú lo dices —dijo Alessandra. Por el rabillo del ojo, vio a Pepper alejarse de ellas furtivamente. O bien Trish no se había dado cuenta, o bien había decidido que la joven no era una amenaza. Alessandra forzó una sonrisa. El robo del libro del conde había sido el factor detonante que la había llevado a Arkham y no le gustaba mucho que se lo recordaran—. No los leo, ¿sabes? Solo los robo. Tampoco me los quedo. Así que, si esperabas que lo tuviera a mano, pues, bueno, te equivocas.

Esos libros se han vendido desde que los adquirí y probablemente más de una vez.

—Pero seguro que sabes a quién —dijo Trish en voz baja.

—¿Sabes? El conde pagaría bien por esa información —dijo Alessandra. Pepper estaba ya casi detrás de Trish, moviéndose lentamente. Justo como Alessandra le había enseñado. Sintió una chispa de orgullo, pero la contuvo rápidamente. Ya tendría tiempo de felicitarse a sí misma. Le dio la espalda a Trish y se acercó a un lado del estudio, donde había varios lienzos apilados.

El estudio estaba desordenado, sumido en el caos. Por diseño, sospechaba. Znamenski era un artista de verdad, pero también era muy consciente de la opinión pública. Disponía las cosas para que los visitantes vieran lo que esperaban ver. Era una de las razones por las que le caía bien a Alessandra.

Comenzó a ojear los lienzos, admirando los pálidos rostros que decoraban cada uno de ellos. La misma cara, pero desde un ángulo ligeramente distinto cada vez. Un rostro familiar, si uno conocía la historia. *L'Inconnue de la Seine*. La máscara mortuoria de una joven no identificada que apareció ahogada en el Sena unos años antes. Artistas de toda Francia habían encontrado inspiración en los macabros restos; Znamenski no era diferente, aunque sus representaciones rayaban en lo obsceno. Demasiado amarillo en la textura pálida para su gusto.

—Podrías intentar venderle sus propios libros al conde, supongo —reconoció Trish, reuniéndose con Alessandra junto a los lienzos, como esta esperaba que hiciera—. Aunque no creo que eso le guste. No parece tener mucho sentido del humor.

Alessandra esbozó una sonrisita.

—¿Así que lo conoces?

—No he tenido el placer —dijo Trish. Frunció el ceño, mirando uno de los lienzos—. Dios, son horribles. Esa mujer parece muerta.

—Znamenski se alegraría de oír eso. Y, si hubieras conocido al conde, no lo llamarías un placer. Es un muermo y un mojigato, entre otras cosas.

Trish dejó el lienzo.

—Tendré que creerte.

—Nos has vendido —dijo Alessandra. Una suposición, pero una suposición fundada. Notaba los muros de una trampa acercándose, aun-

que no conseguía distinguir de qué se trataba. Al fin y al cabo, ¿cómo, si no, las había encontrado el conde?

—No puedo confirmar ni desmentir eso.

Alessandra la miró.

—¿Para quién trabajas?

Trish se dio unos golpecitos en un lado de la nariz.

—Yo no te cuento secretos y tú no me cuentas mentiras. —Se dio la vuelta—. Si haces lo que te digo, estarás protegida. El conde, tus otros enemigos, ninguno de ellos podrá tocarte jamás. —Hizo una pausa—. ¿Te suena el nombre de Ruby Standish?

Alessandra vaciló.

—Sí. —Por lo que ella sabía, el nombre era un alias que habían utilizado varias mujeres a lo largo de los años. Actualmente lo usaba una ladrona precoz cuya edad debía de estar entre la de Pepper y la suya. Habían trabajado juntas una vez; no era una experiencia que Alessandra planeara repetir. Standish era extravagante, impaciente. Tarde o temprano, acabaría siendo atrapada y, probablemente, por alguien peor que la policía.

Trish asintió.

—He trabajado con Standish. Ella responde por mí.

—Eso no me sirve de mucho en este momento. Como has dicho, es casi seguro que nos han seguido. Si no están esperando fuera ya, estarán ahí pronto.

—Entonces será mejor que te decidas rápido —dijo Trish—. Si aceptas conseguirme el libro, yo te sacaré de aquí y te quitaré de encima al conde. Si no, bueno...

No llegó a terminar la frase. Pepper había estado ocupada mientras Alessandra mantenía distraída a Trish. Había cogido un caballete vacío y, blandiéndolo como una porra improvisada, se lo estrelló en el cogote a Trish con estrépito.

Trish, que no se esperaba un ataque así, se derrumbó como un saco de patatas.

—La has golpeado —dijo Alessandra, confusa, mirando a la mujer aturdida.

—¿Qué creías que iba a hacer? —preguntó Pepper mientras arrojaba a un lado el caballete roto.

—Embestirla, desarmarla, quizá. —Alessandra se agachó y registró

a Trish rápidamente en busca de armas, documentos o cualquier otra cosa de interés.

—Lo mismo da. —Pepper se encogió de hombros y se sacudió las manos—. ¿Te has tragado alguna de esas chorradas?

—Lo suficiente para saber que estamos a la deriva en aguas profundas y, por algún motivo, nuestro barco tiene una fuga. —Alessandra se puso en cuclillas, frunciendo el ceño. Tal como esperaba, Trish no llevaba nada reseñable. Ni documentos, ni identificación, ni armas. Era demasiado lista para eso; tenía práctica. Una espía, pues. Alessandra miró a Pepper—. En otras palabras, nos han pillado.

—Una porra —dijo Pepper, pero no sonaba segura.

—Me temo que es así. Ya la has oído. No me cabe duda de que ha sido ella, o quienquiera que sea su jefe, quien le ha dicho al conde dónde estábamos y adónde nos dirigíamos. —Alessandra hizo una pausa, pero solo por un momento. Le indicó a Pepper con gestos que guardara silencio y luego se levantó y fue hacia la puerta.

Abrió un poco la puerta y escuchó. Al principio, no oyó nada. Luego, una maldición amortiguada. Pasos sobre el pavimento irregular. El sonido llegaba desde lejos procedente del Cour du Dragon. Se planteó arriesgarse a echar una ojeada para ver cuántos había, pero decidió no hacerlo. Estarían armados; de eso estaba segura. Ella tenía su revólver, por supuesto. Pero la balanza no estaba a su favor.

Al volverse, se encontró a Pepper observándola ansiosamente.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó la joven. No estaba asustada pero, desde luego, sí preocupada—. ¿Abrirnos camino luchando?

Alessandra forzó una carcajada.

—Quítate eso de la cabeza. No, primero bloqueamos la puerta. Luego, encontramos algún lugar para dejar a nuestra amiga.

—¿Y luego?

—Luego vamos al piso de abajo.

Pepper frunció el ceño.

—¿El piso de abajo? ¿Este antro tiene un piso de abajo?

—Sí, aunque solo Znamenski y yo lo conocemos. —Vaciló—. Bueno, y ahora tú, claro. —Cogió una silla y la encajó debajo del pomo de la puerta. Pepper encontró un armario y, entre las dos, consiguieron meter dentro a la aturdida Trish. Alessandra utilizó varios trapos de pintar sueltos para atarle las manos y los pies a la mujer y le metió uno que

estaba relativamente limpio en la boca. Trish había recuperado el conocimiento y comenzó a forcejear fulminándolas con los ojos, pero Alessandra la detuvo con una mirada.

—Yo de ti me quedaría callada, Trish. Si no estás con el conde, no creo que se alegre mucho de encontrarte aquí. Como he dicho, es un hombre desagradable.

Cerró el armario mientras Trish profería protestas amortiguadas.

—Venga, vamos. Al piso de abajo.

—¿Qué hay abajo, aparte de un sótano? —preguntó Pepper.

Alessandra sonrió.

—Nuestra vía de escape, por supuesto.